

capta desde luego su confianza, y, hablándoles de Dios y de la libertad, sabe vencer de tal modo sus prevenciones, que los decide á suscribir un tratado de paz de que los Jesuitas quedaron únicos árbitros. Conclúyela; y deseando perpetuar la memoria de esta jornada feliz, mediante la cual tomaba posesion el cristianismo de un país cerrado hasta entonces, dispone que los salvajes y europeos asistan á un convite solemne de reconciliacion, una vez que todos ellos eran súbditos de un mismo soberano, investidos de los mismos cargos y de idénticos beneficios... Entonces fue cuando, impulsado Vieira por un celo idéntico al de su colega Javier, se coloca en las gradas del altar, y pasa á explicarles los deberes que se han impuesto: adelántanse en seguida los empleados de la Corona, con el fin de protestar por medio de juramento de la sinceridad de sus promesas; pasa en seguida á verificarlo el jefe de cada tribu, y con el cuerpo medio desnudo y apoyado en el arco y las flechas, repiten uno tras otro la siguiente fórmula de juramento: «Yo, jefe de mi nacion, tanto en mi nombre como en el de mis súbditos y descendientes, prometo á Dios y al soberano de Portugal abrazar la fe de Jesucristo, Nuestro Señor; ser, como lo soy desde este dia, vasallo fiel de S. M., y tener una paz perpetua con los portugueses, siendo amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos:» y diciendo esto, arrojaban á los piés del Misionero las armas cuyo emponzoñado temple habian maldecido tantas veces los lusitanos.

Ya la isla de los Neengaibas era cristiana en la intencion y deseo: mas de cien mil habitantes de las riberas acababan de suscribir al tratado negociado por Vieira. Ya no faltaba sino fomentar estas buenas disposiciones, é ilustrar á estos pueblos enseñándoles la práctica de las virtudes. De esta tarea se encargan tambien los Jesuitas. Ya el P. Gaspar Mix, á la cabeza de las cristiandades, no tenia mas que desarraigar algunos vicios inherentes á su naturaleza salvaje, cuando, persuadidos los portugueses de que todos los habitantes de allende los mares solo estaban destinados á saciar su codicia ó sus caprichos, se lanzaron sobre ellos como sobre una presa. Después de corromper á los naturales con el espectáculo de su desenfreno, incendiaban las habitaciones indias, reduciendo sus poseedores á la esclavitud, y asesinando sin compasion á cuantos sospechaban que podian oponerse á sus violencias. Fieles permanecian los Neengaibas en presencia del Padre

á la palabra que dieran: no dejaba, sin embargo, de apercibirse una agitacion sorda entre las tribus que se cansaban ya de ser víctimas, y el Jesuita dió cuenta al Monarca del estado de los negocios. Entonces fue cuando apareció un decreto reprimiendo tantos desórdenes y protegiendo á los catecúmenos. En vista de este decreto la rabia de los traficantes en esclavos ya no conoció límites: habian esperado que el tratado de paz con los Neengaibas seria para ellos un manantial de riquezas exento de todo riesgo; y, visto que los Jesuitas hacian fracasar sus sórdidas especulaciones, tratan de desembarazarse de ellos arrojando en mayo de 1661 á todos los misioneros residentes en Para. El mismo Vieira no pudo exceptuarse de esta medida; y aherrojado en un mal falucho en compañía de sus colegas, fue conducido á Lisboa, á donde arribaron todos ellos en 6 de enero de 1662.

La brutal codicia de los europeos arrancaba de brazos de los bárbaros á los misioneros que los predisponian al cristianismo; pero tampoco quisieron los bárbaros mantener solos una tregua de que se veian excluidas sus familias y los Jesuitas, y al protestar que jamás renunciarían á la religion que les enseñara el gran Padre, declararon que desde luego volvian á empezarse las hostilidades entre ellos y los europeos: en seguida incendiaron las casas y aldeas que habian edificado en las márgenes del rio, y se retiraron á los bosques. Vieira, entre tanto, hacia retumbar los púlpitos de Portugal con su enérgica palabra; y con la eficacia de su predicacion se constituia el protector de la libertad de los indios, escribiendo con tan vivos colores la crueldad de sus compatriotas, que Alfonso VI y su Consejo no pudieron menos de vituperar los excesos cometidos, por medio de un decreto expedido en 4 de noviembre de 1663, en el que se lee: «No solo no existe motivo alguno aparente para arrebatar estas misiones á los Padres de la Compañia, sino que por el contrario, aparecen muchos y muy numerosos, que prueban hasta la evidencia lo indispensable que se hace en ellas su santo celo.» Tres años habian transcurrido desde el dia de la dispersion, cuando regresando á Para Vieira y sus compañeros, y no observando otra cosa entre los naturales mas que desconfianza contra los portugueses, al par que un respetuoso afecto hácia ellos, volvieron á empezar los trabajos interrumpidos.

Durante este intervalo, los Jesuitas, que divagaban á la otra

parte del rio de las Amazonas no se hallaban en la inaccion; pues mientras que los Bocaris y Muranis aceptaban la luz del Evangelio, el P. Juan Tuiexeria la diseminaba entre las tribus de Turi y de Timirusi, y el P. Luis Figueira aclimatava el árbol de la cruz en las riberas del Xingu. Después de coordinar este último una gramática formando un lenguaje comun de todos los diferentes dialectos, persuadido de que la abundancia de la miés exigia por precision nuevos colonos, se embarca para Europa, y regresa en compañía de otros doce colegas suyos; pero arrojados por una borrasca á la costa del Marañon, son degollados todos por los Amanis. Sabedor Vieira de esta noticia, pónese al momento en camino con el objeto de robustecer la fe de los neófitos, y después de consolidar la obra inaugurada por Figueira, deja al P. María al frente de la colonia. La imaginacion de este Jesuita no se extendia solo á lo presente: era muy grato á sus ojos el porvenir para dejar de pensar en él. Es cierto que sus colegas no habian adoptado el mismo plan de conducta que se siguiera en el Paraguay, ni colonizaban tampoco del mismo modo; pero en un país tan fértil, en el seno de unas llanuras inmensas, fecundizadas por multitud de rios, y sombreadas por innumerables y frondosos bosques, no habian tenido necesidad de organizar su trabajo con tan económica vigilancia. Y sin embargo, en vez de aminorarse el fruto de su mision, se acrecentaba de dia en dia; y reputándose siempre mas afortunados los fieles, llamaban á sus hermanos de la montaña, ó á los isleños vecinos á compartir su felicidad. Multitud de salvajes abandonaban diariamente sus guaridas para someterse á la vida social; y, en una palabra, no contentos los Jesuitas con estos catecúmenos, trabajaban continuamente por reclutar otros nuevos. Lanzándose unos en el fondo de las piraguas en busca de los salvajes, y penetrando otros en la espesura de las selvas con el fin de evangelizar á las tribus, llegan á edificar los dos colegios de San Luis y Belen á orillas del Marañon, á mas de otros muchos establecimientos dependientes de estas residencias. En ellos, merced á una amigable efusion que producía saludables efectos, eran educados bajo las mismas leyes é iguales atenciones los hijos de los portugueses y los de los naturales. En tanto que Vieira pagaba á la muerte su tributo, no sin bendecir antes á estas tribus á quienes habia franqueado las puertas de la Iglesia, el P. Bentendorsi, que en 1678 se halla-

ba á la cabeza de las misiones que bañaba el rio de las Amazonas, dirigia al General de la Compañía varias epístolas que nos servirán de guia en el relato de los eventos. Los PP. Pedro de Silva, Gonzalez Veiras, Salvador del Valle, Cristóbal de Cuña, Luis Gonzalez y Manuel Perez hacian inauditos esfuerzos: mas no siempre les era dado ver recompensado su celo. Érales preciso sostener una lucha incesante con los salvajes, que se obstinaban en rechazar el cristianismo, porque á ningun precio ni por ningun asunto querian desasirse de su independenciam.

Tomando, por fin, en consideracion el rey D. Pedro las quejas que le dirigia la Sociedad de Jesús contra este tráfico de hombres, repugnante á la misma naturaleza, y del que no eran capaces de retraer á los europeos todas las amenazas del cielo ni todas las leyes humanas, pasó á expedir un decreto, fechado en 31 de marzo de 1680, en el que, después de prohibir la enajenacion y compra de esclavos, dejaba exclusivamente á cargo de los Jesuitas el cuidado de los pueblos de América; constituyéndolos, por decirlo así, árbitros supremos del poder. Pero este remedio, aplicado á una llaga incurable, agravó el mal en vez de destruirle; puesto que, habiendo quedado impune la expulsion de los Padres verificada en 1661, esta misma impunidad alentó á sus enemigos para renovarla con idénticas peripecias; y por segunda vez se vieron extrañados de unos lugares en que los naturales no querian mas jefes que ellos. Esta inestabilidad, provocada incesantemente por una codiciosa desobediencia, suscitó la idea de mandar á estas comarcas un comisionado regio con facultades extraordinarias. Quejábanse los europeos de que los Jesuitas no cesaban de embarazar el comercio, añadiendo que solo trataban de insinuar á favor de culpables condescendencias en los corazones de los salvajes, quienes tal vez un dia pasarian, á instigacion suya, á emanciparse de la Metrópoli. Preocupado de estas ideas Gomez Freyre de Andrada, y pertrechado con los plenos poderes del Soberano, arriba al rio de las Amazonas; pero apenas se hubo enterado á fondo de los hechos, remontándose á su origen, cuando se vió parecer otro decreto del Monarca, por el que no solamente se dejaba en manos de los misioneros la administracion espiritual, sino tambien el gobierno temporal de las tribus.

Este proceder del Monarca equivalia á volver á abrir á la Com-

pañía una nueva liza de sufrimientos y de martirios; y por cierto que no la esquivaron los Jesuitas. Los PP. Francisco de Figueroa en 1666, Pedro Suarez en 1667, y Agustín Hurtado en 1677, acababan de perecer víctimas de las flechas de los salvajes: el P. Enrique Richler, nacido en Bohemia por los años de 1653, sufría una muerte idéntica en 1695. Apenas desembarcado este Jesuita en San Luis del Marañon, sale para la mision de Maynas, y desde esta se dirige á orillas del Ucayale, donde, alimentándose solamente de yerbas y raíces, evangeliza á estas tribus durante el período de doce años. Habia llegado Richler á dejar tan justificados sus triunfos en esta mision, que desde luego se resolvieron sus superiores á enviarle, aunque desesperando del éxito, á la tribu de los Xiberos, salvajes famosos por su ferocidad, y que, parapetados en rocas y montañas inaccesibles, habian rechazado hasta entonces toda comunicacion con los misioneros. Acompañado del P. Gaspar Vidal, penetra Richler en lo interior de esta poblacion, donde permanecen ambos por espacio de cinco años expuestos á todas las miserias y humillaciones, sin que tamaños esfuerzos fuesen capaces de domesticar el instinto de estos bárbaros que, importunados al observar los padecimientos del Jesuita bohemio, padecimientos que no le impedian predicarles á todas horas el Evangelio, le asesinaron al fin.

Así transcurrieron algunos años entre las privaciones y la muerte, entre los triunfos y los martirios. Renovábanse con frecuencia las generaciones del Instituto, reemplazando otras nuevas á las devoradas por el calor ó el cansancio; y sin embargo, la civilizacion no perdía uno solo de tantos sacrificios. El cristianismo progresaba rápidamente en las riberas del Marañon, cuyo primer mapa fue trazado por el P. Samuel de Fritz; los catecúmenos habian echado raíces, y diariamente se acrecentaba su número; pero todavía vieron los Jesuitas coligarse contra ellos en 1730 á los traficantes de esclavos; todavía la cuestion comercial trataba de oponerse á la de emancipacion, y aun parecia deber anonadarla, por la misma razon que basaba sus planes en la calumnia. Los hombres á quienes llenaba de tesoros el tráfico de sangre humana, que contaban, tanto en la corte como en todo el reino, numerosos auxiliares, enviaron á Lisboa á Pablo Nuñez de Silva con orden expresa de sostener los intereses comerciales, y particularmente de inspirar al Monarca varios temores sobre el abuso que

de su autoridad se disponian á hacer los misioneros; pero queriendo Juan V poner un término á esta situacion, habia ya ordenado á Eduardo Dos Santos que pasase al Marañon. Magistrado íntegro é incorruptible, este diputado recorrió durante el período de veinte meses todas las residencias y colegios de la Compañía, y después de interrogar á los jefes de las tribus y á los europeos, presenciando como testigo ocular la posicion de los asuntos, dirigió al Rey una memoria, en la que se lee: «La execrable barbarie con que reducen á esclavitud á los indios es tan usual en este país, que, á mas de ser considerada como un acto de virtud, cuanto uno declama contra esta inhumana costumbre es acogido con tanta repugnancia y olvidado tan fácilmente, que los Padres de la Compañía, en cuya caridad encuentran estos infortunados una égida salvadora, merced á la conmiseracion que les causa su deplorable estado, han pasado por este solo motivo á ser un objeto de odio para estos seres codiciosos.»

Visto por el Monarca y el Consejo del almirantazgo, que la relacion de Eduardo Dos Santos no podia ser mas clara y enérgica, adoptaron varias medidas relativas al asunto; pero los Jesuitas del Marañon vulneraban demasiado los intereses para que la lucha inaugurada en el rio de las Amazonas dejase de tener eco en Portugal, donde la abolicion de la esclavitud acarrea la ruina de algunos especuladores. Cerciorados estos de que ya no les era posible atacar por este lado á los misioneros, espionaron una ocasion propicia, y treinta años después satisfizo en Europa el marqués de Pombal todas estas ambiciones por tan largo tiempo comprimidas.

En tanto que los triunfos obtenidos por los hijos de Loyola entre los Moxas y demás tribus del rio de las Amazonas atraian á estas comarcas otros operarios del mismo Instituto, logra el Padre Estanislao Arlet por los años de 1697 penetrar en los bosques y montañas mas inaccesibles del Perú. Habíanle dicho que existian en ellas unos seres humanos que carecian de todo sentimiento religioso; que no conservaban el menor vestigio de supersticion ni de leyes; que enteramente desnudos ignoraban hasta el nombre del pudor; que las mujeres desconocian enteramente el amor maternal; que empeñados los hombres en una guerra eterna y reciproca, no conocian otro placer que el de comerse vivos á sus prisioneros; y en una palabra, que los Canisienses eran el terror

de las mismas tribus bárbaras; pero á pesar de todo esto se decide á visitarlos en sus aduares, y una vez entre ellos, cáenseles de las manos los arcos y azagayas, y quedan inmóviles y estupefactos. El Jesuita, que no podía explicarse el motivo de esta actitud, al saber que los Canisienses no habian visto jamás caballos ni hombres vestidos, y que, en su impotencia para explicarse este fenómeno, hacian del caballo y del caballero un solo ser, un nuevo monstruo llegado á sus bosques, trató de disipar este pánico por medio de uno de los intérpretes, y sacando el partido posible de la impresion que sin quererlo habia en ellos producido, les anuncia el objeto de su visita. Diceles que en adelante será su amigo, su hermano y servidor; y consiguiendo, merced á la dulzura y afabilidad de su lenguaje, inocular en sus corazones la conviccion, tiene el consuelo de ver agregársele seis tribus, con las que pasa á fundar la colonia de San Pedro á los 14° de latitud austral. Entonces fue cuando, valiéndose de una paciencia y una caridad á toda prueba, consiguió domesticar estas naturalezas rebeldes y abolir la poligamia: entonces, cuando, haciéndose párvulo con los párvulos, llenándolos de caricias y amándolos con toda la efusion de su alma, reveló á sus corazones el instinto de la maternidad; y entonces, cuando, rodeado de cierto número de fervientes neófitos, los diseminó por las demás tribus con el objeto de prepararlas la senda del cristianismo.

En este mismo año 1697 vió tambien inaugurarse la mision de la California, á donde arribaron los PP. Picolo y Salvatierra, sin otras armas que el Crucifijo. En un principio trataron los naturales de rechazarlos como enemigos de su libertad; pero una vez calmada la primera efervescencia, se dejaron ganar por la predicacion de los Jesuitas, quienes apenas han logrado reunir algunos catecúmenos, cuando dirigiéndose el uno hácia el Norte, y el otro al Mediodia en busca de nuevas tribus, consiguen ver bendecidos por el cielo sus afanes. El P. Ugarte, que pasó á reunirse con Salvatierra, habia por su parte conquistado en favor del cristianismo á las tribus de Trippué y Loppu; y formando los tres colegas cuatro misiones de la California, hicieron en ellas lo que en todas partes: civilizar á los salvajes por medio del Evangelio, y enseñarles el secreto de la agricultura y del trabajo. Empero si el éxito coronaba por do quiera sus tareas apostólicas, tampoco faltó un Robertson que, olvidando por esta vez su habitual imparciali-

dad, pretendia que los misioneros de la California, «con el fin de conservar sobre sus neófitos una autoridad absoluta y sin límites, procuraban mucho dar una mala idea del país, representando el clima tan insalubre y el suelo tan estéril, que únicamente el celo por la conversion de los indios hubiera podido decidirlos á establecerse en él¹.»

Para dar mas peso á sus aserciones, se apoya el escritor anglicano en el relato del P. Venegas, uno de esos Jesuitas á quienes la geografia es deudora de tantos conocimientos; pero debia haber advertido que los trabajos de este Misionero se hallan inéditos, y que la Compañía de Jesús solo tuvo á la vista sus notas cuando publicó en Madrid la *Historia de la California y de su conquista espiritual y temporal*. Engañábase Robertson al basar sus alegatos en el testimonio de Venegas, y se engañaba todavía mas al afirmar que los Padres del Instituto retraian á los europeos por medio de engañosas relaciones: porque, dejando á un lado la version de los misioneros, no queda menos sentado que la California era y es un país estéril. El baron de Humboldt, que ha tenido ocasion de ver estas comarcas, no atreviéndose, aunque protestante, á cooperar á tamaña injusticia, dice en su ensayo político sobre la Nueva-España²:

«Si los establecimientos que los Jesuitas crearon en la antigua California desde el año de 1683, dieron ocasion de reconocer la gran aridez de este país y la suma dificultad que ofrecia su cultivo, el poco éxito con que se explotaron las minas de Santa Ana, al Norte del cabo Palmo, no disminuyó menos el entusiasmo con que se habian preconizado las riquezas metálicas de la península. Mas no tardaron la malevolencia y el odio que se profesaba á los Jesuitas en introducir en los ánimos la sospecha de que este Instituto ocultaba á los ojos del Gobierno los tesoros encerrados en una region que de tanto tiempo se ponderaba. Estas consideraciones decidieron al visitador D. José Galvez, á quien su genio caballeresco habia empeñado en una expedicion contra los indios de la Sonora, á pasar á la California, donde solo en-

¹ *Historia de la América*, por Robertson.

² *Ensayo político, etc.*, por Mr. Humboldt, tomo II, pág. 261. Este autor coloca la fecha de la entrada de los Jesuitas en la California, ya en 1642, ya en 1683, lo que es un error manifiesto; pues, según los manuscritos de la Orden, no se inauguró esta mision hasta el año de 1697.

«contró cordilleras peladas, sin tierra vegetal y sin aguas, y algunos jaramagos y sensitivas que sombreaban las hendiduras de las rocas. Nada anunciaba en ella el oro y la plata que imputaban á los Jesuitas haber sacado de las entrañas de la tierra, hallándose tan solo por do quiera vestigios de su actividad, de su industria, y del laudable celo con que se habian afanado por colonizar una region árida é inhabitada. Los interesantes viajes de los tres Jesuitas Eusebio Kulín, María Salvatierra y Juan Ugarte, dieron á conocer la situacion física del país; puesto que en 1697 habia sido fundada la ciudad de Loreto bajo el nombre de Presidio de San Dionisio. Bajo el reinado de Felipe V, particularmente desde 1744, los establecimientos españoles en California pasaron á ser muy considerables, merced á la industria comercial, y actividad que desplegaron los Jesuitas, y que tan calamitadas han sido en ambas Indias. En el período de muy pocos años habian llegado á construir diez y seis poblaciones en lo interior de la península.»

En tanto que los hijos de Ignacio conducian la buena nueva de la salvacion á tantas y tan distintas naciones, amoldándolas á la verdadera libertad, é iniciándolas en los beneficios de la moral cristiana, los PP. Sepp, Bohm y Dootili se dirigen al país de los Tsharos, donde como en otras muchas comarcas, habian perdido los hombres hasta el último vestigio de humanidad. Todo en ellos era bárbaro y feroz, hasta la costumbre misma que habian introducido en memoria de sus finados, y que no dejó de llamar la atencion de los misioneros, la cual consistia en amputarse las extremidades de las manos y piés cuando fallecia alguno de sus parientes. Apenas se hubieron instalado los misioneros en el hogar de la hospitalidad, cuando se echó de ver la impaciente vigilancia de que eran objeto. Ignoraban el idioma del país, y haciales traicion su intérprete, desnaturalizando el sentido de sus palabras, y haciéndolos odiosos. Expuestos de este modo los Padres, supieron sustraerse al primer furor de los Tsharos; pero no tardaron en regresar á su lado, y estas tribus se dejaron después ganar para el catolicismo. Declarada en este mismo tiempo una horrible peste, reúne Sepp á los contagiados en un albergue que acaba de franquear á todas las dolencias, revélales el secreto de la caridad, mitiga sus padecimientos, y cuando su abnegacion ha conseguido neutralizar el azote, la gratitud le proporciona mas

cristianos que la palabra. Acrecentóse de tal manera el número de los neófitos, que no bastando á contenerlos la residencia de San Miguel, empenó el Jesuita á una gran parte de ellos á seguirle, y echó los cimientos de otra colonia en un país fértil al Este de San Miguel. Apenas habia transcurrido un año, durante el cual se habian ocupado los hombres, bajo la direccion de Sepp, en la construccion de edificios y el cultivo de las tierras, cuando las mujeres y niños acudieron á instalarse en sus habitaciones. Visto por el misionero que estas naciones, aun cuando carecian de inteligencia eran bastante industriosas, é imitaban con admirable destreza todos los objetos del arte, las aplicó desde luego á ciertos trabajos sedentarios que le permitian desarrollar su degenerado raciocinio, al par que iniciarlas en las ideas de familia y del cristianismo.

Aunque á principios del siglo XVIII se hallaba ya la América meridional surcada en distintas direcciones por las huellas de los misioneros, todavía encontraban estos anualmente algun pueblo que no habia oído su doctrina; todavía los PP. Lombard y Ramette lograron abrirse paso por los desiertos de la Guyana, recorriendo á fines de 1708 todos los parajes habitados de esta comarca. Deseando ambos colegas popularizarse entre los indígenas, se dedican desde luego á prestarles los servicios mas humillantes: hácese esclavos, y les siguen en sus errantes correrías. Esfuéranse en vencer las dificultades de su idioma, á fin de inculcarles las máximas del Evangelio; pero después de haber consumido el espacio de dos años y medio en tan penosas tareas, conocieron que era imposible fijar la retentiva de estas naciones, y que de la noche á la mañana olvidaban todo cuanto imponian á su memoria. Habian los viajes y enfermedades alterado de tal modo la salud y las fuerzas de Ramette, que el P. Crossard se vió precisado á llamarle á Cayenne, quedando Lombard al frente de la mision, solo, sin apoyo y sin esperanza, aunque no desanimado. Firme este Misionero en la idea de hacer que fructificase su apostolado, concibe el designio de reunir en derredor suyo á los salvajes en vez de divagar eternamente en pos de ellos; y habiendo conseguido agregarse dos negros y algunos naturales, de los que hizo sus primeros prosélitos, se ocupa en el desmonte del terreno, á fin de hacerle producir la yuca y el maíz, que aseguren la subsistencia de sus futuros discípulos: construye una capilla y una mag-